

El hombre está hecho para encontrarse con Dios. Un encuentro que podría sintetizar de forma definitiva todo el sentido de la vida y de la muerte. Vivir es caminar "hacia". Prepararse al encuentro. Morir, traspasar el límite de la oscuridad. Realizar la estabilidad del ser. Toda la tensión dinámica de "ser hacia Dios", culmina en el encuentro definitivo o en la separación eterna. Este hondo sentido de eternidad es el que ha de marcar la ruta del hombre. Saberse portador de un destino a verificar, es obligación responsable del ser creado. Pero no un destino cualquiera, temporal y móvil, sino un destino estable que ha de cuajar en una verdadera pervivencia divinizada. Esta pervivencia se realiza en la vida eterna, cuando la creatura —móvil por esencia—, abandona su categoría de movimiento para situarse en la inmovilidad e indefectibilidad dimanantes del encuentro definitivo con Dios en la otra vida. Es la participación plena, definitiva y consumada de los bienes que Cristo nos trajo.

Omitiendo el estudio del encuentro que el hombre y Dios realizan en esta vida por medio de la justificación, de la gracia, analicemos más detenidamente la realidad consoladora de nuestra bienaventuranza. De nuestro definitivo encuentro y fijación en Dios. Sólo así

¿QUE ES EL CIELO?

José María Carrascosa, S. J.



podremos valorar en su sentido recto lo que significa "ser hacia Dios", destino humano.

Creo en la vida perdurable

Es necesario reconocer la dificultad de inteligencia que implican estas palabras de nuestro Credo. La vida perdurable, la vida eterna, precisamente por eterna y por el contenido que encierra, es un concepto que escapa y trasciende la esencia finita y móvil del hombre. Permanecer, pertenece al orden de lo estático. Y la esencia humana es fundamentalmente mudable. Por esto, al incluir el concepto de "vida eterna", el elemento de permanencia, es de difícil comprensión. San Pablo expresaba esta imposibilidad en aquella frase de su carta primera a los Corintios: "Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni la mente del hombre puede entender lo que Dios ha preparado para los que le aman" (I Cor. 2,9). Sin embargo, intentaremos en este estudio esclarecer, en cuanto sea posible, el oculto misterio de nuestra divinización en la otra vida.

Es cierto que en esta vida ya somos hijos de Dios por la justificación: "Ahora somos hijos de Dios" (I Joa. 3,2), pero esta filiación real misteriosa, no es más que preparación de lo que ha de venir. "Aún no se ha manifestado lo que hemos de ser" (I Joa. 3,2). De aquí, que sólo en la otra vida—en la eterna—, consumaremos nuestro ser. Porque "sabemos que, cuando se manifestare (lo que verdaderamente somos), seremos semejante a El, porque seremos capaces de verle como es en realidad" (I Joa. 3,2). S. Juan, pues, nos da la clave de nuestra plenitud en la otra vida: *Ver a Dios tal cual es*. (1).

(1) Que este texto tiene sentido escatológico, que se refiere al cielo, es manifiesto por la oposición que se da en S. Juan entre las condiciones de la vida actual—ahora somos hijos de Dios—, y lo que aún no ha

En su pensamiento, lo genuino del concepto de vida eterna es ver a Dios. Y, como consecuencia directa e inmediata de ello, "ser semejante a El" (2).

El dato dogmático de la visión

El Papa Benedicto XII, en el año 1336, en la Constitución "Benedictus Deus", se expresaba en estos términos:

"Ven (los bienaventurados) la divina esencia con visión intuitiva y también cara a cara, sin mediación de ninguna creatura que sea de algún modo el objeto de la visión. Antes bien, se les muestra la divina esencia de modo inmediato y desnudo, clara y abiertamente, y, viéndola así, gozan de la misma divina esencia, y por tal visión y fruición, las almas de los que salieron de este mundo son verdaderamente bienaventuradas y tienen vida y descanso eterno". (3).

Y Eugenio IV publicaba en 1439 un decreto para los Griegos en el Concilio de Florencia, en el que se decía:

"Las almas de los que mueren sin necesidad de purificación o después de realizada en el purgatorio, son inmediatamente recibidas en el cielo y ven claramente a Dios mismo, Trino y Uno, tal como es". (4).

Ambos documentos del Magisterio de la Iglesia, —los dos definitorios y,

llegado, pero que ha de llegar —ser semejantes a El. Ver a Dios tal cual es—. Preseindimos aquí, desde luego, de un análisis más exegético del texto, por creer que nos alejaría de nuestro estudio y no aportaría luz esencial a nuestro tema.

(2) Sobre el concepto de «vida eterna» puede verse Sto. Tomás, Suma contra los Gentiles, 1,3 c. 16.

(3) Cfr. Constitución «Benedictus Deus», de 29 de Enero de 1336. H. Denzinger, Enchiridion symbolorum, núm. 530. Herder 1960.

(4) Cfr. Decreto para los Griegos. Concilio de Florencia, 6 de Julio de 1439. H. Denzinger, Enchiridion symbolorum, núm. 693. Herder 1960.

por eso, reglas de fe (5)—, nos perfilan el concepto de vida eterna. La vida eterna es, no sólo ver a Dios intuitiva e inmediatamente —*conocimiento que termina directamente en la esencia de Dios, percibida como presente y en cuanto presente*—, sino que su concepto implica consecuentemente un gozo o fruición de Dios, al ser poseído por el conocimiento y el amor.

Tenemos, así, tres elementos que constituyen esencialmente la vida eterna. Tres elementos que declaran en qué consiste la visión de Dios en la otra vida: 1) Conocer a Dios intuitiva e inmediatamente, 2) Gozar de Dios, 3) Amar a Dios (6).

En la sagrada Escritura se hallan también claramente estas notas. Decía Jesucristo en el Sermón del Monte: “Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios” (Mat. 5,8). Ver a Dios, causa de bienaventuranza. Razón de felicidad eterna: “Esta es la vida eterna (7): que te conocen a Tí, el único verdadero Dios, y a quien enviaste, Jesucristo” (Joa. 17,3).

(5) Que el Concilio de Florencia en su Decreto para los Griegos es regla de fe, es claro y admitido por los teólogos. Es el Concilio ecuménico 17. Más dificultad presentaría a este respecto la constitución de Benedicto XII. Sin embargo, su sentido definitorio es manifiesto teniendo en cuenta el contexto histórico en que fue publicada. El Papa quería solucionar de una vez las contiendas suscitadas por el Papa Juan XXII sobre la visión beatífica. La frase que emplea Benedicto XII «*definimos*», vista a la luz del prólogo de la Constitución, indica una verdadera definición «*ex cathedra*».

(6) Este último elemento está implicado en las palabras del Papa. Dios, el Bien infinito, conocido intuitivamente, y siendo simultáneamente objeto de gozo (fruición) para el bienaventurado, no puede menos de ser amado por éste.

(7) En el lenguaje de S. Juan, el término «*vida eterna*» significa no sólo el estado escatológico que ha de venir al fin de los tiempos, y que se realizará en el cielo, sino también esta vida presente en la que ya el Reino de Cristo ha empezado por medio de la gracia santificante.

Conocer a Dios, ver a Dios, son definiciones que Cristo emplea cuando quiere enseñar lo que es el cielo.

Y S. Pablo nos da otro testimonio más explícito aún en su carta primera a los Corintios: “La caridad jamás decae. Las profecías se desvanecerán, las lenguas cesarán, la ciencia se desvanecerá. Porque conocemos sólo parcialmente y parcialmente también profetizamos. Más cuando viniere lo integral, lo parcial se desvanecerá... Ahora vemos por un espejo y obscuramente; entonces, veremos cara a cara. Ahora conozco parcialmente, entonces conoceré plenamente, como yo mismo soy conocido” (I Cor. 13, 8-12). En la otra vida, dice S. Pablo, la fe y la esperanza pasarán. Conocer por la fe es conocer obscuramente, como en espejo. Es el conocimiento propio del que camina hacia el Señor (2 Cor. 5, 6-7). Ver a Dios cara a cara es lo propio de la eternidad. Lo específico del término, de la llegada.

Durante la vida caminamos en la esperanza. Pero en la eternidad la esperanza termina y comienza el poseer. Un encontrarse frente a la esencia divina para participar de ella. Un conocer la realidad propia de Dios cara a cara, y perderse en la unión de amor entre el bienaventurado y Dios. Sentirse en Dios y Dios en nosotros y toda la creación con Dios y nosotros (8). Posesión y amor no realizados por la fe —como sucede cuando “peregrinamos” hacia el Señor—, sino por la visión intuitiva, cara a cara, de Dios.

La visión de Dios

Ante todo es necesario asentar que ver a Dios intuitiva e inmediatamente no es algo propio de la naturaleza humana en cuanto tal. Dios está situado en un plano que excede la capacidad

(8) Cfr. ANTONIO PIOLANTI, *El más allá*, pág. 227. Edic. Eler, Barcelona 1959.

cognoscitiva humana. El hombre no puede aprehender a Dios, que es infinito, inmediatamente. (9). Lo propio del entendimiento humano solamente es conocer a Dios analógicamente, por abstracción de las cosas sensibles. En la vida eterna, al verificar un conocimiento intuitivo, el hombre ha de ser elevado por encima de sí mismo. Ha de realizar operaciones que exceden a su capacidad natural, y esto no es posible sin una especial intervención de Dios. Dios eleva al hombre a un género de conocimiento que está por encima de su naturaleza. Es el don que Dios hace al bienaventurado, y que hace eternamente feliz a éste.

Ver a Dios en su esencia propia supone, por tanto, de alguna manera, estar en posesión de la naturaleza divina, ya que el objeto de la visión es poseído directamente, lo cual es impropio de la naturaleza humana. Y esto, —ser partícipes de la naturaleza divina—, no es sólo una mera semejanza extrínseca, sino una verdadera y real divinización, realizada en el bienaventurado por la posesión directa que tiene de Dios. Es una fijación necesaria e inamovible que confiere a la criatura un modo de obrar que no corresponde a su categoría de contingente y móvil situándola así en un plano esencialmente superior, sólo perteneciente a la divinidad (10).

Ver a Dios, formulación y verificación real del encuentro, es el destino y el fin del hombre, no alcanzado por los méritos de su propia naturaleza, sino en virtud de una elevación al orden sobrenatural (11).

(9) Cfr. M. Schmaus, *Teología Dogmática*, tom. VII, pág. 539. Edic. Rialp. Madrid 1961.

(10) No nos detenemos, naturalmente, ahora a demostrar que el hombre no es por naturaleza capaz de ver a Dios. Baste afirmar con la teología católica que la visión de Dios es un proceso estrictamente sobrenatural.

(11) De cómo sea posible esta elevación y del papel que desempeña en la visión el

Pero el ver a Dios cara a cara, encierra aún un significado más asequible, por humano. "Todo encuentro personal, dice OTTO SEMMELROTH, S. J. comienza con la recepción cognoscitiva de una persona por otra, recepción que se funda casi siempre en la relación personal de una persona a la otra" (12). Y aquí está el profundo misterio del amor de Dios. Revelarse a otro, significa darse a otro. Pero no darse en un don frío e impersonal, sino en un don basado en la amistad. Dios amigo. Y por amigo, se da al hombre. Ni solo es amigo, sino que, bajo otro aspecto, el hombre está en el plano de la filiación divina adoptiva y por esta filiación es el hombre hermano de Cristo, consiguientemente, coheredero. Partícipe, pues, de la herencia de Cristo, que consiste en ver a Dios (Joa, 1,18 y 6,46). En virtud de su elevación, el hombre es una nueva creación con posibilidad de conocer y amar la esencia divina directamente, radicando, al mismo tiempo, en Dios y viviendo de El.

Vivir en Dios, supone una penetración e identificación —misteriosa pero real— con la Trinidad. El hombre, participando de la vida divina, se hace presente a Dios Trino: al Padre, como plenitud total de la que todo dimana; a Jesucristo, enviado y revelador del Padre; al Espíritu Santo, procedente de ambos. "Esta es la vida eterna: que te conozcan a Tí, único Dios verdadero y a tu enviado, Jesucristo" (Joa. 17, 3). "El cual [Dios]... ha puesto al Espíritu en nuestros corazones como prenda" 2 Cor. 1,22). Y aquí está la realización plena del encuentro: el hombre y Dios Trino y Uno. El encuentro que había

«lumen gloriae» (cf. nota 14) no nos es posible tratar ahora determinadamente. Más adelante indicaremos algunos aspectos de esta cuestión.

(12) Cfr. OTTO SEMMELROTH S. J., *Dios y el hombre al encuentro*, pág. 336. Edic. Fax. Madrid 1959.

comenzado en la tierra por medio de la gracia con la inhabitación en el alma de las tres Personas de la Trinidad, se perpetúa y alcanza su culminación en la vida eterna con la fijación del entendimiento y de la voluntad creados en Dios.

Consecuencias de la visión de Dios

Hasta aquí hemos expuesto el dato dogmático implicado en la visión. Ahora intentaremos establecer sus consecuencias. La repercusión que produce la visión de Dios en la naturaleza creada.

La visión que el hombre tiene de Dios en el cielo, supone un encuentro con la Verdad y el Amor Personales. Con una Verdad y un Amor que son los constitutivos mismos de Dios. Dios es la suma Verdad y el Amor perfecto. La Verdad y el Amor son el constitutivo de la Trinidad, ya que en Dios todo es plena y total identidad y simplicidad esencial.

Siendo esto así, al contemplar el entendimiento creado la Verdad divina y al saciarse la voluntad por amor en el sumo Bien apetecible, se origina en el bienaventurado una completa satisfacción y descanso intelectual y un amor necesario e inamovible. El bienaventurado posee entonces a Dios de manera parecida a como Dios se posee a sí mismo. La esencia de la felicidad trinitaria está en ese conocerse y amarse infinitamente. En la visión de Dios, el hombre participa de la misma esencia divina. Y, por eso, participa de la misma felicidad de Dios.

SCHEEBEN sintetiza así este pensamiento: "...Porque la intuición misma de Dios, en que se concentra su posesión y goce, es un acto vital divino, por esto la toma de posesión de la herencia de los hijos de Dios, como nueva participación de la vida divina, ha de ser para ellos un nuevo nacimiento del seno de Dios. Por este nuevo nacimiento, la

divina fuerza de vida inunda a la creatura... de tal manera que... puede desplegar la vida más elevada, una vida, que del modo más admirable radica al mismo tiempo en Dios y saca de él, su alimento, una vida verdaderamente divina, por la cual la criatura vive en Dios y Dios vive en ella" (13).

Así, la visión de Dios de tal manera llena la capacidad del entendimiento humano para la verdad, que se suprime en él toda inquietud ulterior hacia nuevos objetos como si le fueran necesarios para su satisfacción. Dios ha elevado al entendimiento humano a un plano superior, haciendo posible que le vea y le conozca. Le ha dado un don sobrenatural —el "lumen gloriae"— mediante el cual el hombre puede ver a Dios (14). Podría decirse que mediante esta elevación y "lumen gloriae" "Dios se apodera de las potencias humanas de ver y amar transformándolas y haciendo al hombre partícipe de las suyas propias de forma que el hombre pueda ver y amar a Dios con las mismas fuerzas con que Dios se contempla y se ama a sí mismo" (15).

En este posesionarse de Dios (16), está la esencia de la felicidad. El biena-

(13) Cfr. M. J. SCHEEBEN, *Los Misterios del Cristianismo*, pág. 707. Herder. Barcelona 1957.

(14) El «lumen gloriae» es una potencia infundida en el alma mediante la cual el entendimiento se hace capaz de ver a Dios. Acerca de este punto puede verse «*El más allá*», pág. 218, donde se hace una exposición de su esencia y de las discusiones teológicas habidas en torno a él.

(15) Cfr. M. SCHAMAUS, *Teología Dogmática*, To. VII, pág. 544.

(16) Poseer que no se toma aquí en un mero sentido utilitario, como sucede, de ordinario, en la posesión de una cosa. Puede darse un género de posesión en el que, sobre el aspecto de utilidad, prevalezca un sentido más profundo de entrega mutua, de amor de benevolencia del sujeto con relación al objeto. Es un poseer el objeto, precisamente, por su gran dignidad y perfección, que le hacen ser amable y digno de ser poseído sobre todas las cosas. Tal es la posesión que se da entre el bienaventurado y Dios.

venturado es feliz porque posee cuanto podía desear y porque sabe que esta posesión no la ha de perder jamás. El entendimiento humano contemplando a Dios, participando de él conoce todas las otras verdades en Dios y no fuera de él. La esencia divina no sólo es el ejemplar de lo creado, sino la fuente de donde dimanar todas las cosas. Y así, en la contemplación de Dios, el entendimiento conoce todas las verdades que podría apetecer. Se origina en él la satisfacción y plenitud cognoscitiva. Al intuir la Esencia Divina, su entendimiento ya no intenta conocer los otros objetos sino en la suma Verdad, que es Dios.

Pero ver a Dios, engendra en la voluntad un amor necesario e inamovible. Conocer perfectamente a la Verdad suprema, produce necesariamente en la voluntad un movimiento de tensión hacia ella, ya que esa verdad es amable y buena bajo todos sus aspectos. Se da, pues, la tendencia de la voluntad hacia Dios como Bien sumo. Esto excluye la posibilidad de considerar apetecibles objetos que puedan separarla de Dios. El bien al que ahora tiende la voluntad se muestra como principio de todo bien posible. No pueden, por esto, darse en ella actos de odio o de tensión hacia otros objetos, opuestos a Dios, que irían contra la esencia misma del acto con que ama a Dios. Pierde, pues, la voluntad su capacidad de elegir el mal ya que tiene ante sí un Bien sumo, en comparación del cual todo lo demás es como una sombra de bondad. Su centro es Dios y eterna y necesariamente le amará, ya que no puede existir para ella bien alguno apetecible opuesto a este bien.

De esta fijación del entendimiento y de la voluntad se siguen dos conse-

cuencias: imposibilidad de pecar —no en vano el pecado es un acto de odio—, y el gozo y bienaventuranza total.

El bienaventurado queda centrado en Dios. Posee el objeto deseado. Es feliz en cuanto ha realizado la posesión anhelada. Y es imposible que desee perderla o que ponga actos contrarios a ella (17).

Y llegamos, así a la bienaventuranza perfecta. El entendimiento del bienaventurado está saciado en la verdad. Su voluntad se ha fijado de manera necesaria en el sumo bien. Dios, como objeto del bienaventurado, es poseído de manera absoluta y perfecta sin género alguno de inquietud, ya que la inmovilidad de la visión y la fijación de la voluntad en Dios han de durar para siempre. (18). El bienaventurado poseerá a Dios con un eterno conocimiento intuitivo —no cabe más perfecto conocimiento para la creatura—, y con amor saciativo pleno. Y en esto está su bienaventuranza eterna. La vida de bienaventurado será un sólo instante de amor —recordemos que en la eternidad no hay sucesión de un antes y un después—, pero un instante sin fin (19). Un eterno salir de sí para poseer y gozar a Dios en Dios mismo.

(17) La visión del bien sumo, que es Dios, por ser el bien conseguido de tal categoría, se impone de tal manera al alma, que ésta pierde la posibilidad de dejar de amarle. Y esto por la misma naturaleza intrínseca del acto de visión de Dios.

(18) Esto se deduce del dogma de la eternidad de la visión de Dios.

(19) Nos referimos al acto, con que el bienaventurado ve y ama a Dios; no se excluyen en la psicología del bienaventurado, en un plano de objetos secundarios, actos sucesivos; esto es especialmente evidente para el estadio posterior a la resurrección de los muertos.